



www.loqueleo.com/es

© 2003, María Isabel Molina

© De esta edición:

2018, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-124-1

Depósito legal: M-37.836-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Tercera edición: octubre de 2018

Más de 15 ediciones publicadas en Santillana

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

El herrero de la luna llena

María Isabel Molina

Ilustración de cubierta de Carlos Cubeiro

loqueleg

Introducción

Desde los tiempos prehistóricos, tuvieron privilegios los herreros, los hombres que dominaban el fuego hasta convertirlo en su servidor; eran libres para viajar, para cambiar de tierra, de rey y de señor, y siempre eran bien recibidos y respetados. Eran los que sabían —en un proceso entre misterioso y mágico— convertir el mineral en lingotes, trabajar el cobre y el oro, la plata y el estaño; los que conocían las proporciones de mezclas y aleaciones, los que recogían y guardaban los restos de aerolitos para conseguir mejores aceros; eran artesanos expertos que fabricaban sonoras campanas de bronce, espadas y arados, joyas de oro y plata y humildes vasijas de estaño. Los más sabios de entre ellos, los alquimistas, se esforzaron en fundir y refinar una y otra vez los metales en la imposible búsqueda del metal más noble. Herreros fueron los antiguos dioses, como Vulcano en Roma o Thor en Germania.

Tanto los herreros como los constructores guardaban fielmente los secretos del oficio y las reuniones de sus gremios eran las responsables de su protección. Antiguos secretos, eficaces para realizar su trabajo y que se debían guardar de los extraños. Secretos que se adornaban de fórmulas mágicas y que los oficiales y los maestros repetían con exactitud y en muchos casos sin entenderlos del todo. Desde nuestra tecnología, desde nuestras fórmulas matemáticas, que los ordenadores calculan en segundos, debemos intentar comprender la maravillada sorpresa que, ante las altas naves de las catedrales que aún hoy nos dejan sin aliento, experimentaban los hombres y mujeres de la Edad Media.

Ya antes de que la historia se escribiese, la ruta que señala la Vía Láctea, el camino de las estrellas que lleva al océano, al Finisterre, fue camino de peregrinaciones. Antes de que el sepulcro del apóstol Santiago atrajese a los peregrinos de Europa, ya los herreros y los antiguos maestros constructores habían recorrido el camino y levantado sus puentes y sus edificios de piedra, sembrándolo de pueblos con el nombre de oca o de ganso, el animal sabio que era su símbolo.

Alfonso VI, el rey del principio de siglo XII, protector del camino, casó cinco veces pero solo tuvo un

hijo varón que murió adolescente en la guerra contra los almorávides. Quiso ser un rey moderno, victorioso contra los árabes, que abrió sus reinos a la corriente de los peregrinos. El Camino de Santiago está salpicado de pueblos que se llaman Villafranea —villas de francos, villas libres—, las tierras despobladas que el rey entregaba a los emigrantes que llegaban de más allá de los Pirineos.

9

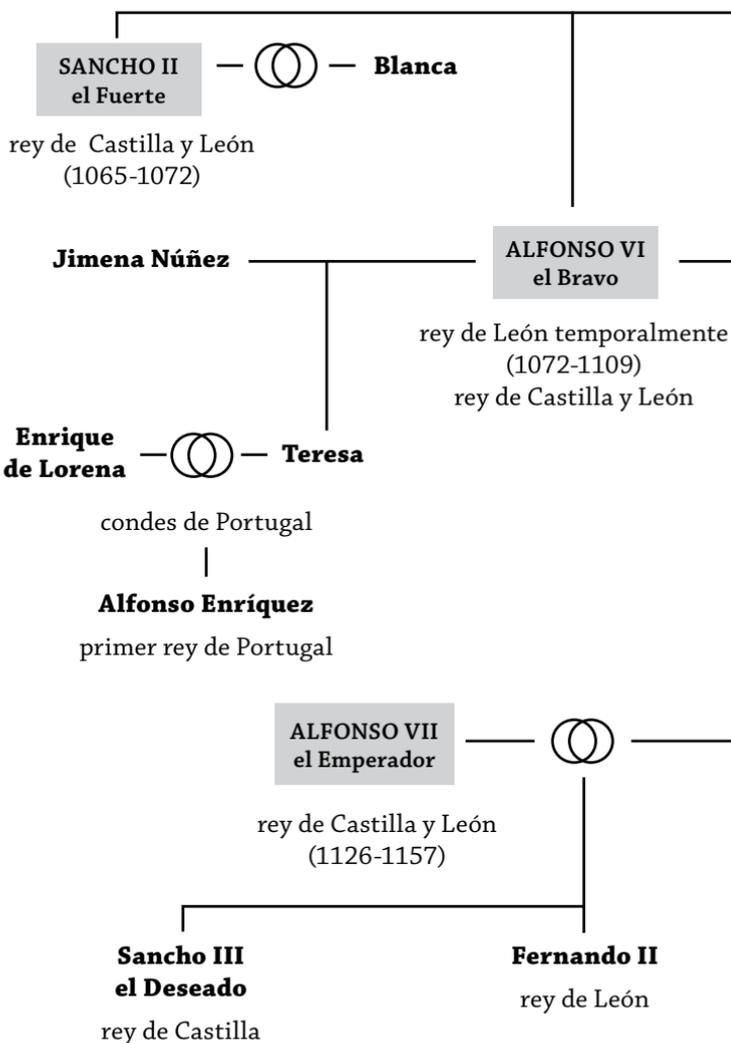
Su heredera fue Urraca, su hija, viuda de Raimundo de Borgoña, casada otra vez con Alfonso I el Batallador, rey de Aragón. Urraca tenía un hijo de su primer matrimonio llamado también Alfonso, Alfonso Raimúndez, que será el VII de Castilla cuando sea rey.

Cuando Yago de Lavalle peregrina a Santiago, Alfonso el Batallador y su mujer, la reina Urraca, están separados. El matrimonio fracasó. Alfonso Raimúndez, que se ha educado en Galicia, ha encerrado a su madre en un monasterio y se ha proclamado rey de Castilla y León. Alfonso el Batallador también reclama sus derechos al trono como esposo de la reina Urraca y se hace llamar VII de Castilla. (Hay dos reyes distintos con el mismo nombre). El rey de Aragón y sus caballeros atacan esporádicamente la frontera de los dos reinos, La Rioja, que quieren incorporar a su reino

de Aragón. Otros caballeros, con el pretexto de defender los derechos de la reina Urraca, saquean villas y aldeas; el rey Alfonso Raimúndez intenta imponer su autoridad. La situación casi es de guerra civil. El pueblo sufre. Los peregrinos son como un río que todas las primaveras inunda el camino.

10 *Yago, su familia, su viaje, Teresa y la conjuración de los constructores son imaginarios. Son reales el ambiente, las circunstancias, el fascinante personaje de San Juan de Ortega, el camino... un camino que los herreros obligan a hacer a Yago y que, en cierta forma, todos debemos hacer en nuestra vida.*

LOS REYES DE CASTILLA, DESDE LA PRIMERA UNIÓN (1037) DE LEÓN Y CASTILLA HASTA LA SEPARACIÓN DE DICHS REINOS A LA MUERTE DE ALFONSO VII



**FERNANDO I
el Magno**

rey de Castilla y León
(1037-1065)



SANCHA

reina de León
(1037-1065)

García

(rey de Galicia temporalmente)

Urraca

hereda Zamora

Elvira

hereda Toro



1. **Inés de Aquitania**
2. **Costanza de Borgoña**
3. **Berta de Borgoña**
4. **Isabel (Zaida, hija de Motamid de Sevilla)**
5. **Beatriz de Este**

Sancho

muere en la batalla de Uclés

**Raimundo
de Borgoña**



URRACA



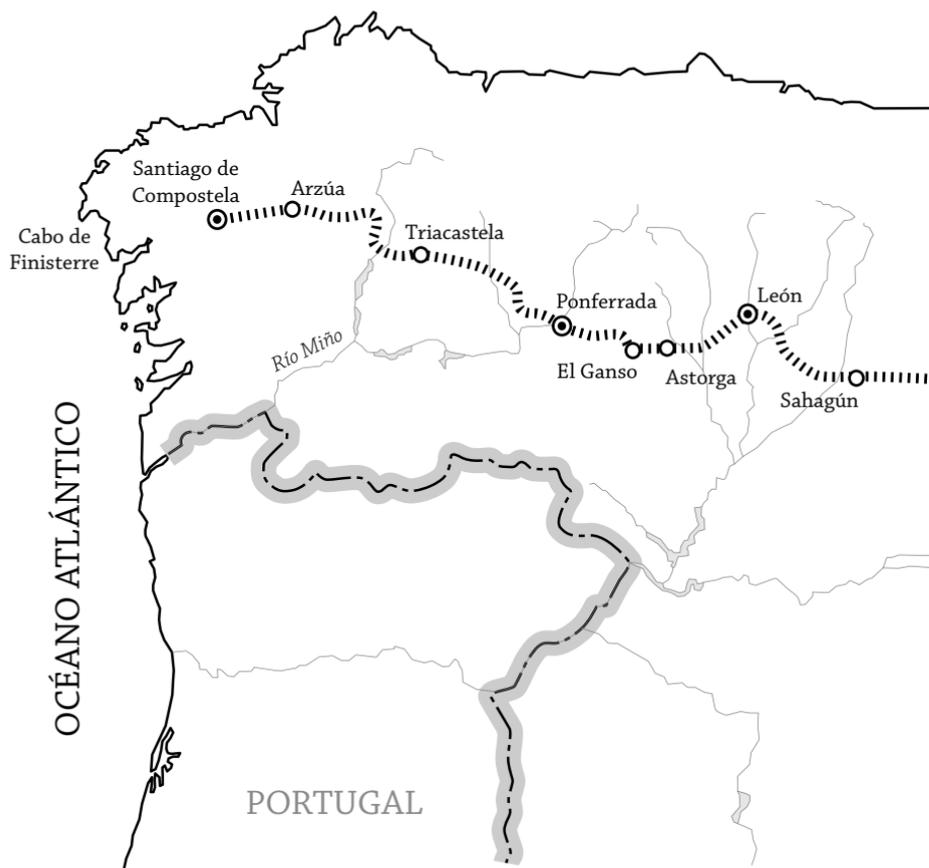
**Alfonso I
el Batallador**

rey de Aragón y Navarra
(matrimonio anulado,
concilio de Palencia)

Berenguela

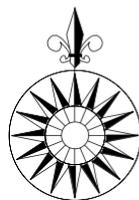
hija de Ramón
Berenguer II

ITINERARIO SEGUIDO POR YAGO DE LAVALLE



MAR CANTÁBRICO

FRANCIA



Veinte años antes

El conde Guillén de Lavalle recibió a los hombres en el gran salón, sentado en la silla tallada que, sobre una tarima, presidía la estancia y que había hecho colocar sobre la valiosa alfombra de lana que se trajera del sur como botín en el año anterior. Hacía frío, siempre hacía frío en el gran salón atravesado por las corrientes de aire. Aunque no tenía dinero para ello y llevaban meses quemando brezo, piñas y ramas, el conde Guillén había ordenado encender con troncos enteros la enorme chimenea en la que cabía un hombre de pie. Llevaba su mejor túnica, de lana sin teñir de aquel color hueso tan de moda aquel año, y un manto bordado. En el dedo se había puesto la vieja sortija de sello que había sido de su padre y de su abuelo y, antes de ellos, de algún antiguo romano, a juzgar por la inscripción casi borrada que estaba grabada en el

interior. Guillén de Lavalle necesitaba de aquellos hombres, y la experiencia le había enseñado que la mejor forma de conseguir un buen trato era aparentar riqueza y no mostrar un excesivo interés.

Los hombres avanzaron hasta el centro del gran salón antes de detenerse y saludar con una inclinación de cabeza. Vestían zamarras de piel de cordero sin mangas, con el pelo al exterior. No llevaban túnica, sino calzones de cuero y abarcas en los pies. Olían a humo, a sudor y a cuero mal curtido, y formaban un grupo recio y maloliente en el centro del salón.

El conde Guillén dudó si ofrecerles vino. Luego decidió seguir en su papel de gran señor.

—Bienvenidos a Lavalle —saludó.

Uno de los visitantes se adelantó al grupo. Era un hombre mayor, de escasa estatura. Se quitó el gorro de lana que llevaba en la cabeza antes de hablar descubriendo unos cabellos entrecanos y un parche de cuero que le tapaba un ojo y se sujetaba con unas estrechas correas a la cabeza.

—Nos habéis mandado llamar, buen conde.

—Así es, maese Lucas —asintió el conde Guillén—. Los señores francos se agitan en el norte

y, en cuanto llegue la primavera, el rey moro de Zaragoza amenazará el sur. Nuestro rey tendrá que guerrear contra el moro y necesitará todos sus hombres. Por otra parte, este condado es la fortaleza que guarda el reino por el norte. Necesito de vuestras artes. Para la próxima luna llena, mis hombres precisan una nueva partida de espadas, recias y bien forjadas.

19

Una chispa de inteligencia prendió un momento en el único ojo del hombre llamado maese Lucas. Un leve murmullo corrió entre los hombres, que se miraron unos a otros.

Maese Lucas avanzó un paso más e hizo una inclinación.

—No nos dais mucho tiempo, señor, pero ese es nuestro oficio. Hincharemos los fuelles y pondremos nuestras fraguas a trabajar, y dentro de una luna tendréis espadas nuevas, recién forjadas, para armar a vuestros hombres.

Guillén de Lavallo tragó saliva. Hasta aquel momento todo había ido bien, con la cortesía que reclamaba la costumbre. Ahora llegaba lo difícil. Guillén necesitaba con urgencia las espadas para defender sus tierras del señor franco de más allá

de las montañas, que le invadiría en cuanto los ríos se deshelasen; pero no tenía ni un sueldo para pagar el trabajo. Tal vez más adelante, cuando hubiese derrotado a los francos, si conseguía un buen botín o si sus labradores y sus siervos, aprovechando la paz, tenían una buena cosecha, podría pagar con creces el trabajo, pero hasta entonces no tendría dinero y los herreros no trabajarían bajo su palabra; él no había faltado nunca a sus promesas, pero todos los artesanos sabían que la palabra de pago de un señor se podía aplazar indefinidamente.

—¿Cuál será el precio de vuestro trabajo? —preguntó, con una seguridad que estaba muy lejos de sentir.

Los hombres se miraron entre sí sin hablar e hicieron un gesto a maese Lucas. Parecían haberse puesto de acuerdo antes de la entrevista.

—Se dice en el señorío que no hay mucho dinero en el castillo, buen conde. Es costoso mantener un grupo de hombres de armas que se alimenta bien, tanto ellos como sus caballos, y no produce nada. También dicen que nuestro señor natural, don Alfonso de Aragón, os ha doblado el tributo para su

campana contra el reino de Zaragoza. ¿Cómo vamos a osar pedir dinero por vuestro encargo?

—¿Trabajaréis de balde?

—No hemos dicho tanto, buen conde. Solo que no os pediremos dinero.

Guillén comenzaba a alarmarse. No le gustaban los misterios ni las palabras de doble sentido. Era un hombre de pensamientos sencillos. Necesitaba espadas y no tenía dinero; pero si los herreros no forjaban las armas y aplazaban el pago, no podría defender el condado cuando atacasen los francos. Él y sus hombres serían derrotados, y los atacantes saquearían las herrerías y los demás talleres artesanos. Todos saldrían perjudicados.

—¿Qué queréis entonces?

La voz de maese Lucas adquirió entonces un tono persuasivo.

—Algo muy sencillo, mi señor. Hace dos días, en la luna llena, vuestra esposa os ha dado un hijo varón que hace el tercero de los vuestros. Todo el condado se ha alegrado con vos y ha celebrado vuestra felicidad. Ese niño ha nacido en el día preciso y en el momento preciso para ser un buen herrero. Queremos que nos dejéis a vuestro hijo para

enseñarle nuestro oficio. Seguirá siendo vuestro hijo. Únicamente queremos que sea herrero. Ese es nuestro precio.

Guillén estuvo a punto de saltar de la silla por la indignación.

—¿Estáis locos? ¿Herrero, el hijo del conde?

22 Maese Lucas no perdió la calma ni alteró el tono de su voz.

—No es el hijo mayor. No es el heredero, sino el tercer hijo. Y nuestro oficio es importante, no lo puede llevar a cabo cualquier hombre. Hay que saber los momentos propicios para fundir los metales y conocer el secreto del fuego. Un herrero debe ser fuerte, honrado y virtuoso, porque en el fuego se esconden el poder y la vanidad. El fuego es don de Dios, pero es también el reino del diablo. No todos los hombres sirven para herreros. Unos son más hábiles que otros. Nuestro gremio tiene que cuidar de que su arte perdure y se engrandezca. Y no todos los herreros tienen la fortuna de nacer en un día preciso, en el tiempo preciso, en el momento preciso, como ha ocurrido con vuestro hijo. Si le educamos en nuestros conocimientos, será un buen herrero y podrá trabajar los metales más no-

bles, como el oro y la plata. Hará famoso vuestro condado y alcanzará la mayor sabiduría porque está señalado para ello desde su nacimiento. Y como expresión de nuestra gratitud, además de las espadas nuevas que nos pedís, no para la próxima luna, claro, sino con más tiempo, forjaremos una espada especial para vos. Una espada fundida con el metal de las piedras que caen de las estrellas, según los más antiguos conocimientos. Una espada que no se romperá nunca, que os acompañará en las batallas y que os proporcionará la victoria si la empleáis a favor de la justicia y el derecho.

23

Guillén de Lavallo contempló fijamente y en silencio al grupo de herreros. El señor franco del norte era joven y valiente, y tenía muchos hombres bien armados. Necesitaba las espadas o no sería conde cuando llegase el verano... si es que vivía para entonces. Y ¿qué sería entonces del recién nacido, de su esposa y de los otros dos niños? ¿Qué ocurriría con las gentes que dependían del castillo?

El tiempo parecía haberse congelado en el gran salón. El conde seguía en silencio. Los herreros aguardaban sin impaciencia. Un rayo de sol se

coló por una de las estrechas ventanas y dibujó un círculo de luz en el suelo de cantos apisonados.

El conde pareció volver entonces de sus pensamientos.

—¿No separaréis al niño del corazón de su madre?

24 —Solo queremos que aprenda el oficio cuando tenga edad para ello. Seguirá siendo vuestro hijo.

—¿Lo juráis?

Maese Lucas levantó la mano y con él los otros herreros.

—Ante Dios y sus Evangelios. ¿Y vos, buen conde?

—Ante la cruz de mi espada, por mi honor y mi palabra de caballero.

—Amén —contestaron todos los hombres a coro.